

Discurso del Jefe del Estado Mayor General de la Armada, Almirante José Luis Villán, en la ceremonia en homenaje al submarino ARA “San Juan” y a sus 44 tripulantes

Para algunos hechos de la vida simplemente no existen palabras, es tan fuerte el impacto en el alma que el silencio se vuelve irremplazable y, paradójicamente, resulta lo más elocuente.

Sin embargo, es preciso buscar palabras que nos aproximen a estos acontecimientos, encontrar símbolos que resalten lo sucedido para honrar a sus protagonistas, como ellos se merecen, como nosotros necesitamos.

Coraje, compromiso, vocación, servicio, profesión, ejemplo.

Palabras simples. Cada uno de nosotros en su interior les otorga un valor distinto, pero a pesar de ser siempre un máximo, no alcanza a igualar la magnitud del sentimiento que hoy nos embarga a todos.

Hoy estamos aquí para intentar suplir un silencio, con palabras que sabemos limitadas, con gestos que nunca alcanzan, necesitamos honrar los hechos puestos de manifiesto por cada uno de sus tripulantes en ocasión de la pérdida del Submarino ARA “San Juan”, intentar aprender todo lo que nos enseñan, escuchar su mensaje, perpetuar su legado.

Símbolos: un pedazo de tela con los colores de nuestra bandera, la misma que todos juramos seguir y servir, hasta nuestro último aliento, aferrado a una simple medalla con un ancla, la misma que todos vestimos y sentimos como emblema de la Armada de la República Argentina –y aquí lo distintivo-- y su honorable nombre como prueba del cumplimiento de su palabra, y la admiración y el reconocimiento de todos quienes elegimos servir y amamos a esta bendita Nación.

Hijos, esposas, padres, hermanos, camaradas, cada uno con un dolor distinto, incomparable, siempre máximo y un orgullo que nos conmueve a todos, por haber sido testigos privilegiados de lo que fueron, de sus convicciones, por la coherencia de su vida al cumplir un juramento y, una vez más, por la magnitud de su ejemplo. Muchos juramos, ellos cumplieron.

Calles, plazas, monumentos, en distintos lugares del país intentan demostrar ese mismo reconocimiento. Sin duda ya están en la historia, el respeto hacia ellos no admite divisiones, no sabe de desencuentros, sus nombres reúnen y enaltecen valores diferentes y dolores distintos. Son ellos, simplemente ellos, sin intereses mezquinos, sin egoísmos, con un enorme mensaje de pertenencia a la Armada, gritado en silencio.

Sus nombres quedarán grabados en piedra, sus ausencias estarán permanentemente presentes en éste, como en todo rincón de la Armada; cada hombre o mujer de mar que pase por aquí y mire este austero monumento marino sabrá íntimamente que, como a todo marino, si les hubiesen preguntado el destino, en lugar de un eterno descanso en tierra, hubiesen preferido sin dudas patrullar el mar para siempre.

Rogamos a Dios, cualquiera sea la idea que cada uno tenga sobre Él, que siempre nos ayude a pensar en lo que harían ellos, en cómo lo harían, pidamos a Dios que nos otorgue la fortaleza necesaria para no permitir que se use su recuerdo con fines espurios, para que podamos ser dignos de seguir siempre su ejemplo.